

Rubén Darío

Víctor Hugo y la Tumba

Poema original:

Escrito en 1888, y publicado en febrero de 1889

Iba a morir el genio. ¡Paso! dijo a la Tumba,
con voz que en el espacio misteriosa retumba
produciendo infinita, suprema conmoción.
La Tumba, inexorable siempre, ruda y severa,
contemplando al coloso gigante, dijo: «¡Espera!
Ignoro si tú puedes entrar a mi región.»

En tanto, en las alturas, las mil constelaciones
bordaban los cambiantes de sus fulguraciones
en el velo impalpable del esplendente azur.
Callaba el Océano: y sobre los volcanes
altísimos, dormían los grandes huracanes
del Este, del Oeste, y del Norte y del Sur.

La Tumba dijo entonces: «Preguntaré a los vientos,
y al Océano rudo de oleajes violentos,
y a los astros radiantes, y al altivo volcán:
si puede mis dinteles sombríos y profundos,
al brillo de los soles y a la faz de los mundos,
salvar cual los humanos, este enorme titán».

«Yo, dijo el Océano, le conozco, es el grande:
su luminoso aliento vida inmortal expande:
profeta del derecho y arcángel de la ley.
¡Oh coro de mis islas! ¿conocéis al Poeta
que del sagrado espíritu ha llegado a la meta?»
Y entre el coro de todas «¡sí!» dijo Guernesey.

Y entonces Chipre y Córcega y el heleno Archipiélago
entonaron un cántico sobre el grandioso piélago;
y Caprera sus brazos al cielo levantó;
y se irguió Santa Elena, y triste la miraron;
y las islas de América todas se incorporaron;
y derramando lágrimas Cuba se arrodilló.

Y el himno de los mares resonó en los abismos
variando en inmortales y armónicos mutismos;
y el nombre del poeta se escuchó por doquier.
«¡Viva!» decían todas las voces de los mares;
«¡Viva!» decían todas las olas a millares
arrojando a la costa conchas de rosicler.

Soplaron los tritones su caracol marino;
las sirenas veladas en un tul argentino,
a flor de agua entonaron una vaga canción,
y se unieron al coro de las ondas sonantes;
y el mar tenía entonces convulsiones gigantes
y latidos profundos como de corazón.

¡Silencio! La siniestra Tumba habla a los volcanes
que hacen de centinelas, como rudos titanes
que cuando hablan retumban; pelados unos son,
que alzan la calva frente, y abren la oscura boca
mostrando su salvaje dentadura de roca;
otros, llevan encima granítico morrión.

«¡Yo pido la palabra!» dijo Etna. -Chimborazo,
estirado a la altura como un fornido brazo,
arguye que la América debe primero hablar.
Vesubio alza la frente con altivo rimbombo
y en medio a dos océanos se eleva Momotombo
diciendo es él quien debe su acento levantar.

Momotombo caduco, ante la Tumba exclama:
«Soy el viejo coloso que bajo el cielo brama;
en el centro de América, atalaya avizor;
Víctor Hugo ha cantado mi alto nombre y mi fama;
y aquí estoy con mi tiara de sombras y de llama,
sintiendo en mis entrañas de la lava el hervor.

Esta, la hermosa tierra del viejo Nicarao,
con sus lagos do surca por el vapor la nao,
con sus bosques do extiende su copa el guayacán,
ve en Víctor Hugo al Genio sobrehumano y sublime
que canta, que protesta, que crea y que redime.
¡Oh Tumba! ¡que no muera! ¡que no muera el titán!»

Y luego Chimborazo «¡que viva!» dijo; y luego
Cotopaxi, cubierto de un penacho de fuego,
movió su enorme cresta como una ardiente crin;
y el coro de volcanes del mundo americano

levantó a una un grito potente, soberano,
que atronó del planeta uno y otro confín.

Y respondieron todos los de Asia, África, Europa;
y los vientos formando su bulliciosa tropa
arrastraron el eco por la honda inmensidad.
La Tumba dijo entonces: «He hablado a los volcanes,
al mar y a las estrellas, y hablé a los huracanes.
Ya veré qué me dice de esto la humanidad.»

E interrogó a los hombres. Y todos los humanos,
chinos, rusos, ingleses, indios, americanos,
los negros de Abisinia, los turcos de Stambul,
exclamaron: «¡el Genio!» y, la vista en el cielo,
señalaron al astro fecundador del suelo,
el sol resplandeciente sobre el límpido azul.

«¿Quién llora nuestras penas?» dijeron los slavos.
«¿Quién ve nuestras cadenas?» dijeron los esclavos
de piel oscura; y todos se echaron a llorar.
«Muerto Hugo ¿quién implora por hombres y por leyes?
¿Quién pide por las víctimas, delante de los reyes?
¿Quién rogará por ellas a las plantas del Czar?»

Y dijeron los negros: «Si Víctor Hugo muere
¿Quién contendrá ese látigo que a nuestros hijos hiera?
¿Quién verá por nosotros gritando ¡libertad!?
Él de John Brown la gloria deja en poemas escrita;
Es la grande esperanza de la raza maldita;
es el nuevo Mesías que trae luz infinita,
con el nuevo decálogo para la humanidad.»

Y dijeron los niños: «¡Con que te vas al cielo!
¡Con que quedamos solos, sin el amado abuelo!
Cabe la blanda cuna ¿quién nos arrullará?
Ya no hay quien nos ofrezca las flores del cariño
y ventalles de rosas, y cánticos de niño;
ya el alba no sonrío; triste la cuna está.»

Jorge y Juana están solos: lloremos, Jorge y Juana.
Hoy no han cantado alondras la luz de la mañana.
¡Oh Tumba, no te lleves nuestro cándido amor.
Céfiro no murmura; las flores palidecen;
los infantes no ríen; las aves se entristecen;
no hay aroma, no hay eco, no hay brisa, no hay rumor.

Y los pueblos se alzaron presto, por todas partes,
entregando a los aires rudos sus estandartes;
y a la cabeza de ellos se levantó París:
«¡Que no se vaya el genio!» exclamó la muchedumbre.
Y entre todos, estaban entre gloriosa lumbre,
con los de Clodoveo los hijos de San Luis.

Al ver a Francia, pálida, desencajada, fría
llorando, Víctor Hugo le dijo: «¡Madre mía!»
Y un abrazo infinito sus cuerpos estrechó.
Un suspiro doliente, misterioso y profundo
se escuchó que llenaba toda la faz del mundo.
¡Qué dolor, qué tristeza!...

-Y la tumba gimió.

El coro de poetas, con las liras alzadas,
con las fijas pupilas por el lloro empañadas,
dijeron: «¡Oh Pontífice, nos dejas y te vas!
Dejas el arpa sola, y vacío tu trono!
¿Y el poema del gigante siglo decimonono
de pauta y ritmo eternos, no lo oiremos más?

¿Quién como tú, más alto que los más altos montes,
conmoverá con su arpa todos los horizontes,
y todos los espíritus bañará con su luz?
¡Ah! ¿quién hará tus versos ricos, esplendorosos,
ya insondables, ya dulces, a tomillo olorosos;
flores del lotho azules, lindas perlas de Ormuz?

¿Quién bajará los iris del alto firmamento?
¿Quién al Niágara undoso le robará su acento?
¿Quién tajará peñascos con su hacha de titán?
¿Quién ¡guerrero sublime! levantará su maza,
y ajustará a su pecho luminosa coraza.
Su corcel de batalla tornando a Leviathán?

¡Ecce lumen! Las canas quo tú tienes, Maestro,
las tiene Alpe, Himalaya, sagrado, alto, siniestro,
tiene tu porte augusto en el trono en que está.
Buonarroti, el que tuvo la aurora en su paleta,
copiará los perfiles de su rostro, poeta,
para pintar la face del supremo Jehová.

¡Tumba! cierra tu puerta: no des entrada al genio;
no quites ese faro del humano proscenio;

déjanos al Pontífice que el cielo nos envió.»
La Tumba, entre el sonante coro inmenso callaba.
El mundo estaba atónito. Francia, madre, lloraba,
de pronto, el infinito su velo descorrió.

Y en grupo sacrosanto Job, Eschylo y Homero,
Tácito, Juan y Pablo, Juvenal, el severo
Alighieri, Cervantes y Rabelais, en la luz
increada envueltos, todos los genios que pasaron,
fijos en Víctor Hugo, de súbito se alzaron:
y sobre todos ellos se veía A Jesús.

«¡Ven! le dijeron todos, ven a ocupar tu asiento;
ven a expandir tu espíritu detrás del firmamento.
ven; del indefinido progreso sigue en pos.
Llena con tu alma inmensa el abismo profundo.
No te duela ese llanto; no te cures del mundo:
quien ha de sucederte será enviado por Dios.

¡Sube!»
Y subió-

La Francia lanzó un amargo grito.
Se oyó un rumor de fiesta llenar el infinito.
La Tumba entre su seno, un cadáver guardó.
Se echó tierra en la fosa. La humanidad de luto
se puso una guirnalda a tejer, en tributo
al coloso que el tiempo con su ala derribó.

¡Sagrados huesos! Polvo del gigante caído:
que al calor de ese fuego que se esparce encendido
en el alma que lleva la nueva humanidad,
brote el árbol robusto de la paz en la tierra;
y que bajo su sombra no haya odio, no haya guerra;
y que sean sus frutos de vida y libertad.

Centro América, 1888